

La visita de Su Santidad Juan Pablo II



I

El solo anuncio de que el Soberano Pontífice visitaría Colombia conmovió el alma de las gentes. Cuando el sucesor de San Pedro y Vicario de Cristo en la Tierra arribó al suelo patrio y transitó por nuestras calles, plazas y veredas, los estamentos todos de nuestra sociedad se hicieron presentes para con profundo respeto saludar y cumplimentar al Pontífice. Fue estímulo inicial para ese proceder, el arraigo secular de nuestro pueblo al dogma católico, apostólico y romano. Esa ha sido la fe de nuestros padres y esa es la fe de las grandes mayorías nacionales. Inmensas multitudes pacientemente esperaban la presencia o el paso del Sumo Pontífice, para recibir su bendición.

Ese entusiasmo inicial que podemos decir producto de nuestra formación religiosa se fue acrecentando y recibió nuevos incentivos por la simpatía, la cordialidad y la afabilidad del Pontífice. La sencillez de su porte lo hacía más respetable. La calidad humana de Karol Wojtyła se ganó el corazón de las gentes. El dominio del castellano en quien tuvo como habla materna la lengua eslava de su nativa y lejana Polonia, impresionó a sus oyentes, que celebraron con singular regocijo sus ágiles gracejos, llenos de donaire y no exentos de cierta picaresca que parecía propia de nuestros variados regionalismos.

A esa condición carismática debe añadirse la capacidad de adaptación al medio climático de quien ha pasado los días de su existencia en las planicies europeas, ubicadas en la zona continental a muy pocos metros sobre el nivel del mar y desde allí, atravesando el Atlántico, se traslada a un país montañoso en la zona equinoccial y tropical del planeta. Al cruzar nuestros cielos debió contemplar la quebrada geografía patria y la variadísima vegetación tropical. Arribó al Altiplano Andino a más de 2.500 metros de altitud, para luego en los días subsiguientes continuar su peregrinación hasta descender a las Costas del Pacífico, para remontarse luego al Valle de Pubenza y seguir a las estribaciones del Nevado del Ruiz, continuar al Valle de Aburrá y descender al litoral del Caribe, todo ello le ofreció un panorama exacto de nuestra tierra y sus gentes. Estos cambios rápidos de altitud y temperatura no fatigaban al Pastor que pudo así conocer la abigarrada gama de nuestro mestizaje en toda su variante escala. A donde llegaba recibía el saludo clamoroso de miles de personas. El Pastor se dirigía a las multitudes que, como lo exigía la esencia de sus mensajes, debía ser explicativo y diáfano. A su sagrada investidura, a la suavidad de sus gestos, a la gracia de su trato añadía Juan Pablo II, una fortaleza física fuera de lo común.

No registran las crónicas de nuestra patria un recibimiento más caluroso, entusiasta y espontáneo que el tributado a Juan Pablo II. Esas multitudes en Bogotá y Medellín sobrepasaron el millón de personas y algunos elevan estas cifras hasta los dos millones. Varios cientos de miles de colombianos le aclamaron en Chiquinquirá, Tumaco, Popayán, Pereira, Chinchiná, Armero, Cartagena y Barranquilla. A estas multitudes presentes deben agregarse aquéllas que siguieron los eventos por radio o televisión. Su número es muy difícil de calcular.

II

Entre discursos, saludos, homilias, mensajes, plegarias, etc., veintinueve veces se dirigió el Sumo Pontífice a los fieles que, en los distintos lugares de la República, se congregaron para escucharle. Fueron 29 intervenciones orales que conmovieron el alma nacional por cuanto se ocupó con singular franqueza y fino tacto de los graves problemas que afectan, en esta hora tan llena de contradicciones, a nuestra patria. Las admoniciones del Soberano Pontífice señalaron muchas de las equivocaciones o errores que se han cometido, también algunos aciertos y es de esperarse como él mismo lo mani-





festó, que: "De esta cita histórica, amados dirigentes de Colombia, ojalá salgais más firmes y confiados en vuestro compromiso cristiano con una sociedad que os ha dado tanto y que tanto espera de vosotros".

Su Santidad dio importancia capital a problema de la violencia y llamó a su peregrinar por nuestra tierra "Con la paz de Cristo por los caminos de Colombia" y enjuició y reprobó en varias de sus intervenciones la subversión y el crimen político: afirmó "por desgracia, muchos hombres en el mundo contemporáneo se han dejado seducir por la violencia armada hasta llegar en muchas partes a los extremos insensatos del terrorismo que sólo deja tras de sí desolación y muerte". Sobre este mismo tema y dirigiéndose expresamente a la juventud convocada al efecto manifestó: "Y no falta quien proclama, como solución última y desesperada, la violencia armada de la guerrilla, en la que han caído buen número de compañeros vuestros; unas veces contra su propia voluntad, otras, obnubilados por ideologías inspiradas en el principio de la violencia como único remedio a los males sociales".

La prédica del Pontífice, es de esperarse, producirá los mejores efectos en quienes le escucharon. Todas sus recomendaciones se destacaron por un profundo respeto por el sistema republicano que rige en Colombia, y pidió su mejoramiento y perfección. El imperio de la Ley, es la justicia y nuestra máxima Ley que es la Constitución Nacional, ya centenaria, establece métodos y procedimientos para efectuar los cambios sociales que la Nación necesita sin recurrir a la violencia y el terror que condenó en forma clara, explícita y nítida. Esa es la gran enseñanza que deja el Soberano Pontífice.

III

Los integrantes de las Fuerzas Militares y de las Fuerzas de Policía, a cuyas filas han ingresado gentes procedentes de todas las regiones de la Patria y en donde por lo tanto están representados los distintos estamentos de nuestra sociedad, experimentaron, en forma similar a sus compatriotas, los mismos sentimientos de fe que inspiraba la presencia del Vicario de Cristo e idéntica admiración por el Peregrino infatigable que, con grandiosa humildad y sublime sencillez, recorría el territorio colombiano llevando a todas partes un mensaje de la verdadera "Paz", la Paz de Cristo. A ese íntimo sentir de colombiano y católico se agregaba el del Patrio

deber que las Fuerzas Armadas inculcan a quienes sirven bajo banderas.

A las Fuerzas Armadas correspondió la seguridad del ilustre huésped y de su comitiva. Es necesario reflexionar sobre lo que exige y determina esta tarea, no por honrosa exenta de excesivo trabajo y especial dedicación. El Honor Patrio requería que ningún contratiempo, accidente, irrespeto o exceso de cualquier orden perturbase la estada del Papa en Colombia. Cualquier incidente, por trivial que hubiese sido, constituiría una prueba que sería utilizada para darle la razón al escritor o periodista francés que afirmó que el Papa había viajado a un país que es el "infierno".

No es fácil el manejo y control de multitudes que se reunieron, como nunca antes se habían visto en nuestro país. Desde luego, las gentes contribuyeron, casi siempre de manera ejemplar, a fin de ofrecer al Santo Padre una prueba inobjetable de disciplina y comportamiento social. El Pueblo y sus Fuerzas Armadas que son ese mismo pueblo, lograron esa ejemplar conducta que el mismo Pontífice destacó en su mensaje de despedida.

Del helipuerto en la Escuela Militar de Cadetes "General José María Córdova" saldría el Sumo Pontífice para su romería a Chiquinquirá. Con las primeras luces del alba de aquel día, personal militar de todas las graduaciones, acompañado por sus esposas, hijos, nietos, padres, hermanos y otros cercanos parientes, ocuparon las tribunas del Campo de Paradas "Boyacá" para reverenciar al Soberano Pontífice. Con su uniforme de gala, en una correcta formación de Parada se presentó la Escuela Militar, su porte y disciplina agregaba una nota marcial a la emoción colectiva. Fue demasiado fugaz la presencia del Santo Padre en esta ocasión en que saludó a unos cuantos, impartió su bendición y se embarcó en el helicóptero que lentamente se elevó sobre el perfil de la Sabana y enrumbó hacia el norte. Salía el Peregrino a rendir homenaje a la Virgen María, en su advocación de Nuestra Señora de Chiquinquirá.

Correspondió a la Fuerza Aérea Colombiana el transporte del Pontífice, tanto en avión como en helicóptero, dentro del territorio nacional, y a fe que cumplió su cometido con su habitual pericia. Cuando el Pontífice arribó a la Base Marco Fidel Suárez en Cali, la Escuela de Cadetes le rindió honores reglamentarios a su altísima investidura. Dos Alféreces de este Instituto se acercaron al Pontífice y le presentaron la





gorra de salida y la daga que son distintivos del cadete de la Fuerza Aérea Colombiana. Este hombre extraordinario que es Karol Vojtyla, quizás recordó aquéllos días de su juventud, durante la Segunda Guerra Mundial, en que como soldado, defendió su patria invadida por nazis y soviéticos. El Santo Padre impartió su bendición apostólica a los miembros de la Fuerza Aérea y sus familiares allí presentes y luego, con esa nostalgia del viejo soldado, colocó en su cabeza la gorra que usan los cadetes de la Fuerza Aérea.

Cuando el Soberano Pontífice arribó a Cartagena de Indias, ese santuario de nuestro pasado histórico y de nuestro presente republicano, correspondió a la Armada Nacional rendir los honores al Pontífice. Allí, en calle de honor que formaron los cadetes de la escuela Naval "Almirante Padilla", Juan Pablo II llegó hasta el altar en donde se veneran los restos de San Pedro Claver. Allí se le vio orar con profundo recogimiento; y, aún cuando no nos es dado penetrar o intuir el contenido de su plegaria, conjeturamos que pidió por esa raza oprimida y esclavizada cuya libertad fue de tan difícil logro. También debió pasar por la mente del Pontífice, además del "esclavo de los esclavos" la efigie de San Luis Beltrán, el defensor de los indios, de aquéllos aborígenes que Juan Pablo conoció en Popayán y con cuya intervención personal logró que expusiera toda su disertación en un acto que marcó, con caracteres indelebles, el sentir del Pontífice, y llegó al alma de un pueblo que ama la libertad.

El Ejército, la Armada, la Fuerza Aérea y la Policía rindieron el homenaje de su deber al Santo Padre y así cumplieron su obligación con Colombia y con su juramento a la Bandera Patria. Incluimos aquí la organización conocida como la Defensa Civil, dirigida y conformada en gran parte por personal de la reserva, entidad esta que coadyuvó en forma sobresaliente en esta operación.

IV

Hace diez y ocho años, en 1968, Su Santidad Pablo VI visitó nuestra tierra. Fue en esta época de las comunicaciones aéreas e intercontinentales la primera visita desde los días de San Pedro, en que un Soberano Pontífice se trasladaba a la América española. Colombia fue el país seleccionado para este primer contacto de la América India con el Jefe de la Iglesia Católica. Fue esta una muy singular distinción de la Curia Romana al Gobierno y pueblo de Colombia.

Ahora la permanencia de Su Santidad Juan Pablo II durante siete días y su peregrinaje por distintas comarcas patrias resalta la importancia que está tomando Iberoamérica, española y portuguesa, católica, apostólica y romana ante la Santa Sede, y así lo destacó el Pontífice en varios de sus mensajes. La Iglesia iberoamericana es la Iglesia del porvenir, de la libertad y de la Paz. Desde nuestra tierra se ha enviado ese mensaje a Indoamérica, la América triétnica cuyo corazón supo ganarse el Pontífice durante su visita pastoral a Colombia.

Nuestra historia registra otro acontecimiento de singular significación en la iniciación de nuestras relaciones diplomáticas con la Santa Sede y especialmente en el comienzo de nuestra vida independiente y diplomática, el cual no ha sido enunciado y destacado durante la estada de Juan Pablo II entre nosotros. Nos ocupamos a continuación de él.

En los días de nuestra Independencia no fueron fáciles nuestras relaciones con la Curia Romana. La Santa Sede había venido concediendo a España, desde los días de las guerras contra los Musulmanes, una serie de privilegios que se conocieron con el nombre de Real Patronato; con el Descubrimiento de América esas concesiones se ampliaron al Nuevo Mundo y se transformó en el llamado "Real Patronato de Indias". El Rey de España designaba obispos, prebendados y determinaba los límites jurisdiccionales de las diócesis, y en fin, el Monarca tomaba determinaciones de orden eclesiástico que confirmaba Roma.

En 1815 los grandes Imperios, que habían derrotado a Napoleón Bonaparte con excepción de Inglaterra, crearon la "Santa Alianza", cuya finalidad era establecer el "Absolutismo" como sistema de gobierno y mantener el "derecho divino de los Reyes". Estos principios eran contrarios a los que propugnaban en Hispanoamérica los criollos partidarios de la Independencia, entre ellos Simón Bolívar. La Curia Romana no perteneció a la Santa Alianza pero en cierta forma la apoyó. Su Santidad Pío VII emitió en 1816 la Encíclica "Etsi Longissimo" dirigida a los Obispos y fieles de la América Española que en nada favorecía el derecho de estos pueblos a gobernarse por sí mismo. El General don Pablo Morillo persiguió en forma implacable al clero republicano. Las Sedes episcopales de Hispanoamérica permanecieron vacantes por casi dos décadas por cuanto quien preconizaba Arzobispos y Obispos era el Rey de España. El Real Patronato de Indias fue utilizado como instrumento político para la reconquista de América.





A Pío VII sucedió León XII a quien sus biografías denominan el Papa de la Santa Alianza, quien a pesar de ello, sin consultar a la Corte de Madrid, designó algunos Obispos para las Sedes de Hispanoamérica entre ellas Bogotá, Caracas, Antioquia, Quito, Cuenca y Santa Marta. Hay que destacar la admirable labor diplomática del representante de Colombia don Ignacio Sánchez de Tejada. España protestó por esos nombramientos y las relaciones entre Madrid y el Vaticano se deterioraron.

A León XII sucedió Pío VIII, quien gobernó la Iglesia muy poco tiempo y fue opuesto a cualquier entendimiento con la América española. En estos días se disolvió Colombia, la Grande, la de Simón Bolívar. Asumió la Presidencia de la Nueva Granada como entonces se denominó nuestra Patria, el General Francisco de Paula Santander. El señor Sánchez Tejada continuó como representante del gobierno granadino ante la Santa Sede. A la muerte de Pío VIII, ascendió al trono pontificio Su Santidad Gregorio XVI, quien por conducto del Embajador de la Nueva Granada recibió una carta del General Francisco de Paula Santander. El 26 de noviembre de 1835 —el año pasado se conmemoró el sesquicentenario de este gran acontecimiento— Su Santidad Gregorio XVI reconoció a la República de la Nueva Granada como nación libre y soberana. Fue nuestra República, la actual Colombia, la primera nación de la América española a quien reconoció la Santa Sede. Se designó como internuncio Apostólico a Monseñor Cayetano Baluffi quien arribó a nuestra capital en los días en que finalizaba el período presidencial del General Santander.

Sus Santidades Gregorio XVI, Bartolomé Alberto Capellari, Pablo VI, Juan Bautista Montini y Juan Pablo II, Karol Wojtyła, son merecedores de la gratitud de las gentes todas de Colombia.

o — o

La creación de la Diócesis Castrense en Colombia.

Desligado en cierta forma de la visita papal pero coincidente en el tiempo de su cumplimiento con ella, citamos el documento titulado "Spiritualimilitum Curae" por el cual se elevan a diócesis obispales los Vicariatos Castrenses. "Juan Pablo Obispo, siervo de los siervos de Dios, para perpetua memoria" como reza textualmente la traducción castellana del latín, el 21 de abril de 1986 constituyó en Obispado, los

Vicariatos Castrenses. Esta disposición comenzaba a regir el 21 de julio, por ello pocos días después de haber regresado a Roma el Soberano Pontífice, en Bogotá se daba cumplimiento a esa disposición.

Interesa a los fines de esta nota editorial, transcribir algunos apartes de ese documento cuyo encabezamiento reza así: "La Iglesia de acuerdo con las variadas circunstancias, ha velado siempre con la mayor solicitud por el cuidado pastoral de los militares. Ellos en efecto constituyen un grupo social determinado y por sus especiales condiciones de vida, ya se incorporen voluntaria o establemente a los ejércitos, ya se recluten para la ley por un tiempo determinado, necesitan de una atención pastoral concreta y específica".

Avanza el Pontífice en una serie de consideraciones de orden doctrinal que, por encontrarla acorde con las prédicas y mensajes a que nos referimos anteriormente, transcribimos. Dice Su Santidad Juan Pablo II "Al sopesar la acción de la Iglesia en el mundo de hoy, incluso considero cuanto se refiere al fomento y promoción de la paz en toda la tierra, acerca de lo cual afirmó que los que se hallan en el Ejército se deben considerar a sí mismos como ministros o instrumentos de la seguridad y de la libertad de los pueblos, pues desempeñando bien esta función contribuyen realmente a estabilizar la paz".

